

Silvina Ocampo: el gato que aparece detrás

Adriana Ayala

Mujer culta e inteligente. Andrógina y reservada, misteriosa y algo bruja, a la que le molestaba que le tomaran fotos, pero cuando posaba: gato misterioso que aparece detrás y roba la atención por el porte elegante, las manos quietas bien ubicadas que hablan mucho, los lentes a la moda que esconden los ojos felinos que escudriñan y calan hondo. Para muchos, atractiva, de piernas largas y sensuales como las de Marlene Dietrich; para ella, fea y de voz detestable, y, al decir eso, nos invita a darnos golpecitos en la garganta mientras hablamos para que las palabras nos salgan con pensamiento ajeno, el de Silvina, la hermana menor de las Ocampo, diría Mariana Enríquez.

A mí me golpean la garganta cada vez que digo algo, por eso mejor escribo. Antes, pinté, busqué a Picasso, pero no quiso tomarme como alumna, seguro no le gustaba dar clase. Después, los colores me fueron insuficientes. No se pueden ver las formas bajo la confusión de tantos colores. Así que me empecé a desilusionar. Me alejé de una pasión que también me resultaba una tortura. ¿Qué me quedaba? ¿Escribir? ¿Escribir? (Enríquez, 45-46).

A través de la escritura, a mano, en hojas sueltas, en recetas médicas, en invitaciones o en libretas, Ocampo se adueñó del género del cuento y de lo fantástico. Contar cosas terribles y crueles que recogía de la realidad, con esa mirada penetrante, pero que hacía como que las tomaba de esa imaginación que le peinaba los pelos cortos y la hacía querer estar en casa observando a las cucarachas a las que quería ponerles camisón, al lado de sus perros: Lurón, Diana y Ajax; de Adolfo y Borges, su marido y mejor amigo, escuchándolos de cerca, preparando cortes de carne como suelas de zapato y acompañándolos con un vino rancio, seguido de café amargo sin azúcar, porque prefería dársela a las hormigas; ellas son diligentes; los humanos, testarudos y arrogantes, a veces, insoportables.

Silvina Inocencia María Ocampo y Aguirre (28 de julio de 1903 - 14 de diciembre de 1993) nació en Buenos Aires, Argentina. Nunca fue a la escuela porque los Ocampo educaban a sus hijas con institutrices, quienes dictaban las clases en francés. También aprendió inglés e italiano. Silvina prefería escribir en inglés porque la gramática del español le resultaba imposible. La familia Ocampo viajaba una vez por año a Francia, acompañados de sirvientes y muchas de las veces con una vaca o dos para que tomaran leche fresca. En su casa de infancia, Silvina acostumbraba subirse a un cedro para observar a los mendigos. *En*

Inventiones del recuerdo (2006), su autobiografía póstuma, incluye un largo poema dedicado a ellos. Alguna vez le preguntaron ¿por qué le gustaban los mendigos y nos sus primas, por ejemplo? “Porque a mí no me gusta la gente muy peinada. Esos chicos pobres siempre quemados por el sol; tenían un color de piel tan lindo. Siempre me quedó la añoranza de la pobreza.” Porque para Silvina, en la pobreza yace la libertad. En la pobreza, uno no está temiendo perder nada, no estás atado a nada.

En su infancia, también le encantaba asustar a la mujer de servicio encargada de planchar la ropa y era sorda. Silvina se escondía debajo del burro de planchar y esperaba a que ella comenzara la faena y cuando menos se lo esperaba le agarraba las piernas a la pobre mujer que, sin poder gritar, moría de miedo (Martel).

Silvina comenzó a escribir a los 34 años. Su primer libro de cuentos *Un viaje olvidado*, 1937, causó mucho revuelo en Victoria Ocampo, su hermana mayor y editora de la Revista Literaria Sur: “¿Quién es esta hermana que escribe tan extraño y, sobre todo, que recuerda tan diferente? ¿Qué está haciendo Silvina con la memoria? ¿Qué es esta infancia perversa y pervertida que cuenta en estos cuentos cortos, extravagantes, tajantes?” (Enríquez, 102). Y es que para ella la memoria era una ladrona.

*Lo que falta en los recuerdos de infancia es la continuidad:
son como tarjetas postales,
sin fecha,
que cambiamos caprichosamente de lugar.
Algo se interrumpe y se corta para siempre. (Ocampo 111)*

Silvina escribió poemas toda la vida, pero ahí no era traviesa ni corría riesgos, más bien muy controlada a diferencia de su actitud como narradora. En el universo ocampiano se refleja el gusto por el detalle, los dibujos, la música, la guerra entre adultos y niños, el misterio, el gran manejo de la tensión narrativa, una verdadera obsesión por las casas como refugio, pero también como boca de lobo; la crueldad, la premonición, así como llena de costureras o sirvientes. Fue digna precursora de la novela policial argentina.

Se casó con el escritor argentino Adolfo Bioy Casares, once años menor que ella. Cuando eso sucedió, mandó un telegrama a sus hermanas Victoria, Francisca y Rosa: «Caséme con Adolfo. Besos. Silvina». A pesar de ser la mujer de un reconocido escritor, su sexualidad siempre fue un tema escabroso, un rumor improbable. Se le vinculó sentimentalmente con la madre de su esposo, Marta Casares, misma que la presentó a su hijo como la más inteligente de las Ocampo; con su sobrina Genca, con quien se especuló un triángulo amoroso, motivo por el que Victoria se alejó de Silvina; y, con Alejandra Pizarnik, con quien mantuvo correspondencia por un tiempo. Mucho tiempo después, cuando ambas estaban muertas, fueron publicadas esas cartas apasionadas y donde más que una relación amorosa se constata una gran admiración mutua.

Otro de los temas que hicieron noticia a Silvina Ocampo fue considerarla menos que a su hermana, su marido y su amigo Borges: la hermana menor, el etcétera de su familia, la sombra de Bioy y Borges, el gato que aparece detrás. Nunca fue requerida para conferencias, clases magistrales o giras literarias y

parecía no importarle: ella era la que miraba a los demás como si estuvieran en un cristal. A diferencia de escritoras contemporáneas que vendían muchos ejemplares, ella sólo llegaba a un selecto grupo de lectores, pero aquellas morirían en las mesas de saldo de las librerías, mientras que Silvina pretendía que sus cuentos aparecieran en lujosas reediciones cada cierto tiempo. A su manera, buscó la trascendencia, hacer historia más allá de un éxito fugaz y escurridizo. ¿Qué es el éxito?, le preguntaron alguna vez: “Saber que uno ha conmovido a alguien.”

Sus últimos diez años de vida los pasó en medio de la confusión, la angustia y el olvido del alzhéimer, encerrada y cuidada por enfermeras porque si a algo le temía en la vida era a los hospitales y a la muerte. Al único velorio que asistió fue al suyo. “Envejecer es no poder olvidar lo que se olvida. Nunca pienso que soy vieja ahora que soy vieja; es un ejercicio demasiado brutal este cambio inmerecido” (*Los retratos apócrifos*).



Fotografía de Silvina Ocampo tomada por Sara Facio

Bibliografía citada

Enríquez, Mariana. *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*. Barcelona: Anagrama, 2018.

Martel, Lucrecia. *Las dependencias*. Documental. Secretaría de Cultura, Argentina. <https://www.youtube.com/watch?v=eSREho7bE3c>

Ocampo, Silvina. *Inventiones del Recuerdo*. Argentina: Lumen, 2006.